

Crisis en Ucrania: reflexiones desde los procesos, el poder y la geopolítica

ALBERTO HUTSCHENREUTER

FEBRERO DE 2015

- La IX Conferencia Ministerial de la OMC celebrada en Bali, Indonesia, marcó por primera vez un espacio de acuerdos luego de más de doce años de negociación en el marco de la Ronda Doha para el Desarrollo. Rápidamente se multiplicó en la cobertura informativa mundial la noticia del “éxito” en las negociaciones multilaterales de comercio, con una ex-tendida valoración positiva de los resultados, presente también entre numerosos actores gubernamentales de países desarrollados y en desarrollo.
-



Índice

■ Introducción	3
■ Trasfondo de la crisis en Ucrania: la importancia de considerar los procesos y las políticas de poder interestatal	3
■ Proceso y dinámica geopolítica	5
■ ¿Neoimperialismo ruso con Putin?	6
■ Conclusiones, tendencias y <i>addenda</i> (breves apreciaciones sobre el derecho, la UE, América Latina, etc.).....	8



Introducción

La mayoría de los análisis relativos a la crisis actual en Ucrania están centrados en el presente de las relaciones entre los actores involucrados en dicha crisis. Sin embargo, si la crisis ucraniana no es abordada en clave de proceso, difícilmente se podrá contar con un diagnóstico más preciso en relación con la situación actual, y, por consiguiente, más amplio al momento de considerar tendencias.

En otros términos, es cierto que el conflicto actual se inicia como consecuencia del interés de Occidente en atraer a Ucrania hacia sus espacios o entidades económicas, e incluso extender a ese país su cobertura política-militar. También es cierto que la decisión (a manera de respuesta) por parte de Rusia de anexar Crimea, como el despliegue de una activa política externa frente a lo que considera un reto a sus intereses nacionales, han operado como factores de escalada de dicha crisis.

Pero si estas evidencias no son apropiadamente reflexionadas desde un marco más amplio e incluyen-te de otras apreciaciones, asociadas al desenlace del conflicto bipolar hace más de dos décadas, se corre el riesgo de realizar lecturas parciales o mal orientadas del conflicto, por caso, responsabilizando únicamente a un actor del deterioro de las relaciones internacionales o afirmando que se está ingresando a una nueva era de neoimperialismo.

Por ello, en las siguientes páginas intentaremos describir (e incluso en parte explicar) la crisis en Ucrania, abordando las relaciones internacionales (o más apropiadamente interestatales) desde un marco teórico que siempre se plantea interrogantes (sobre lo que sucede) desde un patrón relacional entre los actores del orden internacional, es decir, desde la percepción de poder que tienen los Estados entre ellos, en el contexto de un escenario mundial carente de autoridad central.

Claro que ello no implica soslayar el *modelo institucional* en dicho orden, esto es, el que asigna un grado de incidencia importante al derecho internacional y las instituciones intergubernamentales; aunque esta crisis, como así otras que tienen lugar en distintas placas geopolíticas del mundo, en particular

las que acontecen en el espacio Índico-Asia-Pacífico y Oriente Próximo, han dejado en evidencia su devaluación e incluso irrelevancia. No obstante, sí podemos efectuar una valoración de lo sucedido desde el derecho internacional, algo que es de suma importancia para aquellos actores anémicos o laterales del orden (en palabras de Tucídides, no aquellos que hacen lo que pueden sino aquellos que sufren lo que deben).

En nuestro intento podremos corroborar que aquellas hipótesis o imágenes relativas al porvenir del orden internacional que prescindieron de la geopolítica, no estuvieron a la altura de los acontecimientos; precisamente, por desestimar una disciplina indispensable para analizar las crisis internacionales de ayer, de hoy y de siempre.

Contrariamente a lo que vienen advirtiendo varios expertos en relación con el *regreso* de la geopolítica a partir de crisis en las que la relación intereses políticos-espacios geográficos resulta concluyente, es necesario adelantar que esta disciplina nunca se fue: ni cuando desapareció la pugna entre Estados Unidos y la ex Unión Soviética (con la que se identificó casi íntegramente a la geopolítica), ni durante el régimen de la globalización ni mucho menos en tiempos de la hegemonía estadounidense pos 11-S.

Por último, la crisis en Ucrania nos permite (en rigor, nos exige) considerar el pulso de los gobiernos latinoamericanos en relación a la misma. En alguna medida, la tensión ha reactivado el interés en las cuestiones internacionales, dato que puede estimarse positivo, pues aunque las crisis mayores que suceden en el mundo parecen ocurrir lejos de la región, una lectura calibrada de ellas no sólo evidenciará que están más cerca de lo que suponemos, sino que pueden llegar a afectarnos del modo menos pensado.

Trasfondo de la crisis en Ucrania: la importancia de considerar los procesos y las políticas de poder interestatal

Desde la perspectiva de los acontecimientos, la crisis actual en Ucrania se inició en noviembre de 2013, cuando la interrupción de las negociaciones de un acuerdo de asociación comercial con la Unión



Europea provocó un levantamiento contra el gobierno encabezado por Viktor Yanukovich: deseos de apartar a Ucrania de la esfera de influencia de la Federación Rusa y de acercar al país euro-oriental a las instituciones comercio-económicas e incluso al espacio político-militar de Europa, los insurgentes hicieron sentir su descontento en Kiev (principalmente en la Plaza de la Independencia (*Maidán Nezalezhnosti* en idioma nacional, de donde precisamente proviene el nombre del movimiento, *Euro-maidán*) como así en distintas zonas occidentales y centrales del país; es decir, en la Ucrania geopolítica, geocultural y geoeconómicamente reluctante a continuar la historia junto a Moscú.

Siempre desde aquella perspectiva, la radicalización del movimiento entre enero y marzo de 2014 acabó por lograr lo que desde las revueltas árabes de Tunes y Egipto los politólogos denominan *golpes de la calle*, esto es, el alejamiento del cuestionado mandatario ucraniano y su reemplazo por una administración interina encabezada por Oleksandr Turchínov.

El 11 de marzo sucedió lo que podríamos considerar un punto de inflexión en la crisis: el Parlamento de Crimea y el ayuntamiento de Sebastopol aprobaron su independencia y solicitaron su adhesión formal a la Federación Rusa, medida que fue seguida de un referéndum que sentenció concluyentemente las declaraciones conjuntas de independencia. Posteriormente, a través de las instituciones rusas correspondientes, Rusia procedió a incluir bajo su soberanía a los nuevos espacios federales.

Desde entonces y hasta el presente, a pesar de un acuerdo de principios de septiembre, la situación en Ucrania es tensa, persistiendo el riesgo de que nuevas Crimeas en la zona oriental del país acaben por fragmentar el país.

Esta breve descripción de los acontecimientos en clave coyuntural nos dice muy poco sobre las causas de una crisis que de no hallar una solución negociada podría, dada la magnitud de los actores involucrados y los intereses en liza, terminar afectando sensiblemente la estabilidad de las relaciones interestatales; de hecho, algunos segmentos ya está sufriendo efectos, por caso, los convenios relativos a armamentos estratégicos.

Las causas de este conflicto van más allá de la protohistórica rivalidad ruso-ucraniana y de los deseos de los ucranianos del Oeste del país por ser parte de la civilización europea, para expresarlo en aquellos términos que señalan las fracturas entre civilizaciones como la raíz de las confrontaciones en el siglo XXI.¹

Para comprender este conflicto debemos considerar el desenlace de la Guerra Fría, es decir, debemos desdribir, desde lógicas de poder, el proceso que siguió al final de esta singular confrontación que encapsuló las relaciones internacionales a su propia dinámica por casi medio siglo.

Entonces, la dirigencia de la naciente Federación Rusa encabezada por el presidente Boris Yeltsin y el joven canciller Andrei Kozyrev consideró que la única posibilidad que tenía el país para lograr rápidos resultados (centralmente) económicos era asociándolo estratégicamente con Estados Unidos. Para los funcionarios que estaban al frente del comando diplomático de Rusia, durante el siglo XX el país había sufrido procesos de *metamorfosis* que convirtieron a Rusia en una aberración, sobre todo cuando se produjo el tránsito de la autocracia zarista al totalitarismo soviético.

Por ello, para evitar y desterrar la posibilidad de una nueva transformación y llegar a ser un país normal, Rusia debía abandonar toda pretensión de excepcionalismo o de destino manifiesto que acabó pervirtiéndola, y anclar sus relaciones al mundo occidental. Más todavía, para el canciller Kozyrev y sus consejeros, el intento soviético por modificar el rumbo de la historia no sólo ocasionó costos humanos y materiales y sumió al país en una prolongada era de desórdenes, sino que interrumpió un proceso de convergencia entre Rusia y Occidente. Por tanto, la única chance para sobrevivir que tenía Rusia consistía en retomar y profundizar aquella convergencia interrumpida por el vendaval soviético.²

1. Más que a aquellas hipótesis recientes sobre *choques entre civilizaciones*, consideramos aquí las concepciones elaboradas en el siglo XIX por filósofos como Nicolás Danilevsky; ver: Pitirim A. Sorokin, *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis*, Aguilar, Madrid, 1966, p. 77.

2. Andrei Kozyrev, *Russia: A Chance for Survival*, Foreign Affairs, Volume 71, Nro. 2, 1992, pp. 1-16.



Esta necesidad de sujetar a Occidente las relaciones exteriores de Rusia estuvo acompañada de una curiosa interpretación de la dirigencia rusa en relación con el desenlace de la Guerra Fría: Boris Yeltsin (al igual incluso que el ex presidente de la URSS, Mijail Gorbachov) creyó haberse unido a Estados Unidos en calidad de vencedores de la Guerra Fría pues ambos habían derrotado a la Unión Soviética, en tanto consideraban que el comunismo fue algo malo para ese país y, en especial, para Rusia. Sin duda, se trató de una extraña (y perniciosa) concepción de victoria.³

Desde estas singulares consideraciones, durante los años 1992-1994 Rusia prácticamente subordinó buena parte de sus intereses nacionales a la profundización de la relación con Occidente. Fue un período durante el cual *Rusia no fue Rusia*, si consideramos que nunca en su historia Rusia mantuvo un patrón de confianza casi emotivo con otro actor preeminente del orden interestatal,⁴ al punto que ello la llevara a defender cuestiones internacionales loables, por caso, los valores de la humanidad, aunque de casi nula relación con el amparo y promoción de sus intereses nacionales.

Pero mientras el enfoque externo ruso apostaba casi ciegamente a una relación de confianza e igualdad estratégica, Estados Unidos (el único vencedor de la Guerra Fría) mantuvo una política de poder más allá del final de la contienda

En otros términos, para Washington el final de la Guerra Fría implicó terminar con la URSS pero no con su continuación, la Federación Rusa. Por ello, desde el mismo final de la pugna se propuso rentabilizar su victoria para evitar que, tarde o temprano, una restaurada Rusia volviera a cuestionar a Occidente.

Varias fueron las políticas (primordialmente *blandas*) con las que Estados Unidos se propuso mantener a Rusia en una situación de impotencia y lateralidad en el orden interestatal: desde alentar un modelo de economía extraña para Rusia hasta convenios de desarme adversos para la ex superpotencia, pasando por anunciar la ampliación de la OTAN al Este de Europa.

Rusia advirtió que su *política exterior sentimental* resultaba funcional para los intereses de Occidente

(el mismo Yeltsin se refirió a que las intenciones expansionistas de la OTAN estaban creando una atmósfera de paz fría entre ambos actores). Pero el estado de debilidad general de Rusia solamente permitió manifestaciones que no fueron más allá de la retórica.

En 1999 la OTAN finalmente se amplió, acontecimiento que, junto con la adopción de un Nuevo Concepto que habilitaba a la Alianza a intervenir en conflictos fuera de área, alarmó a Rusia.

La llegada de Putin al poder en 2000 abrió una nueva etapa para Rusia en relación con la política de poder que desde el final de la Guerra Fría se ejercía contra ella. Desde entonces, y en buena medida gracias al sensible mejoramiento del precio de los productos de exportación clave del país, Rusia se fue reordenando hacia dentro y reconstruyendo poder hacia fuera.

No obstante este cambio y recuperación de deferencia internacional, Occidente continuó ejerciendo políticas dirigidas a debilitar o restringir el margen de recuperación de poder por parte de Rusia.

Proceso y dinámica geopolítica

En 2004 se produjo una segunda ampliación de la OTAN al Este de Europa, hecho que afectó sensiblemente el tradicional sentido de fatalidad geopolítica de Rusia.

En efecto, esta segunda ampliación de la OTAN (o tercera si consideramos que la unificación de Alemania implicó una primera ampliación) desmoronó cualquier esperanza de Moscú en relación a posibles escenarios geopolíticamente favorables a Rusia, por caso, neutralidad de algunos países eurocentro-orientales o exclusión de fuerzas militares extranjeras en los países bálticos; por tanto, la tradicional zozobra geopolítica zaro-soviético-ruso de enclaustramiento se acentuó, pues las barreras que implicaban el acceso de Rusia al Atlántico Norte a través de los estratégicos pasos marítimos de

3. Ver: Hélène Carrère d'Encausse, *Victorieuse Russie*, Fayard, París, 1992.

4. Alberto Hutschenreuter, *La política exterior rusa después de la Guerra Fría. Humillación y reparación*, Areté Grupo Editor, Buenos Aires, 2011, p. 163.



Skagerrak y Kattegat (rodeados por países de la OTAN), pasaron a localizarse ahora en los espacios terrestres de los miembros bálticos de la OTAN.

Es importante destacar que para Rusia el acercamiento de la OTAN a su espacio nacional es un reto de escala mayor, pues se trata de un reto que deja en descubierto la debilidad territorial (en la que no siempre se repara) de este extensísimo actor.

En efecto, a primera vista se destaca su vastedad territorial sin igual, condición que hace de este actor un singular Estado-continental, para utilizar la categoría de Ratzel. Sin embargo, dicha vastedad geográfica ha implicado una fatalidad geopolítica prácticamente insalvable.

En su reciente y pertinente trabajo *La venganza de la geografía*, el estadounidense Robert Kaplan nos recuerda que la inseguridad es el sentimiento ruso por excelencia;⁵ y esa inseguridad está relacionada con lo que aparenta ser un activo mayor del poder nacional de Rusia: el territorio.

Las concepciones geopolíticas tradicionales consideran que los poderes preeminentes continentales que no cuentan con grandes espacios marítimos u oceánicos como amparo frente a otros poderes desarrollan una fuerte percepción de inseguridad. En este sentido, a diferencia del espacio territorial de Estados Unidos guarecido en la seguridad que siempre le proporcionaron los océanos, el espacio netamente terrestre de Rusia, es decir, sin mares que lo preserve, siempre implicó para este país una debilidad que afectó su condición de inexpugnable derivada de la profundidad territorial.

El almirante Alfred Mahan fue uno de los geopolíticos que como nadie supo advertir esta situación geopolítica rusa que combinaba, al mismo tiempo, fortaleza y debilidad: en efecto, Rusia era un poderío terrestre sin igual, pero se encontraba rodeado por poderes marítimos: Inglaterra, Japón, Estados Unidos, etc., que no solamente podían contener sus pulsos expansionistas, sino adentrarse desde sus vulnerables periferias (como de hecho ocurrió tras la Revolución Soviética, cuando aún no se había desarrollado el penetrante poder aéreo).

Desde esta singularidad geopolítica, de poder ser atacada desde todos lados según un geopolíti-

co británico, Rusia históricamente sólo conservó dos opciones: conquistar o ser conquistada, opciones que, siguiendo al célebre experto estadounidense del poder naval, obligaron a los zares a asumir una permanente posición defensiva que no implicaba una actitud estática frente al invasor, sino el despliegue o adelantamiento preventivo a fin de preservar la supervivencia del Estado.

En buena medida por ello, el sentimiento de inseguridad de Rusia ha llevado a expertos a concluir que no habría sido tanto la lateralidad del país en relación a los acontecimientos europeos mayores que supusieron una evolución hacia la modernización lo que retrasó a Rusia sino el anclaje a una inalterable condición geopolítica que mantuvo a sus dirigencias en consagración permanente a la preservación de su totalidad territorial.⁶

La construcción de poder nacional durante el período Putin (2000-2014) permitió que Rusia planteara un enfoque no ya retórico a este reto mayor a sus intereses nacionales, sino más vigoroso y con resultados: en agosto de 2008 movilizó su instrumento militar en el Cáucaso, evitando lo que podría haber significado el primer impacto geopolítico. En Georgia, Rusia recurrió a la técnica de poder más riesgosa pero también más concluyente en relación con el logro de resultados favorables, la guerra.

En efecto, desde entonces la OTAN no volvió a expandirse, hasta que los sucesos descritos al inicio de este trabajo resituaron la posibilidad de ampliación de la OTAN al Este del Este de Europa o, dicho de un modo que nos permita cambiar la perspectiva, al Oeste inmediato de Rusia.

¿Neoimperialismo ruso con Putin?

Más allá de lo dicho desde las reflexiones que consideran lógicas de poder y lógicas centralmente geopolíticas, es necesario agregar que la reacción de

5. Robert Kaplan, *La venganza de la geografía. Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones*, RBA Libros S. A., Barcelona, 2013, p. 204.

6. Alberto Hutschenreuter, *Rusia y Ucrania: ¿atrapadas en la geopolítica?* En: *La gran perturbación. Política entre Estados en el siglo XXI*, Editorial Almaluz, Buenos Aires, 2014, pp. 138-143.



puesto que los posicionamientos de los mismos dejaron en evidencia las contradicciones que existen entre los países de la región cuando un acontecimiento internacional de escala, en este caso, la *anexión* de Crimea por parte de Rusia, pone a prueba el estado de situación respecto de la complementación internacional en la región.

Considerando que el principio de no intervención en los asuntos internos de un Estado, uno de los grandes principios del derecho internacional, nació en el seno de la comunidad latinoamericana hace más de 80 años, resulta por demás llamativo, como lo demostró la votación de la resolución 68/262 de la Asamblea General de la ONU sobre la integridad territorial de Ucrania, que dicho principio no fuera defendido en clave colectiva sino de acuerdo a clivajes político-ideológicos y enfoques que anteponen a las crisis internacionales las relaciones y enfoques particulares respecto de Estados Unidos.

El hecho es preocupante, pues la región ha vuelto a demostrar (como lo hizo hace unos años cuando se produjo una seria crisis entre Ecuador, Colombia y Venezuela como consecuencia de la decisión de las autoridades de Colombia de incursionar en territorio ecuatoriano para combatir a la insurgencia) que las lógicas soberano-nacionales

predominan por sobre imperativos patrones de afirmación colectiva regional.

Si algo nos enseña la crisis en Crimea, es que las cuestiones relativas a la afirmación de intereses, la autoayuda nacional y la contundencia de la geopolítica continúan estando en el vórtice de las relaciones internacionales. La crisis ha llevado a que se vuelva a valorar a esta disciplina, la geopolítica pues desde hace tiempo algunos ex funcionarios y expertos de la región, por citar algunos, Nelson Jobim, Helio Jaguaribe, etc., vienen advirtiendo sobre retos que pueden llegar a afrontar los actores latinoamericanos, sobre todo aquellos que han **depreciado** sus instrumentos de poder nacional, derivados de concepciones de cuño geopolítico que se elaboran en alianzas políticas-militares o en centros de **reconexión** estratégica.

En cuanto al **lote de los BRICS**, lo más importante que podemos destacar en relación a la crisis en Ucrania es la excesiva valoración que se tiene del mismo en relación al verdadero alcance de sus políticas frente al orden internacional. Básicamente, si este conglomerado de actores de muy diferente poder entre sí aspiran a influir en el orden internacional, sus decisiones de escala deberán ir bastante más allá de voluntarismos e iniciativas como la creación de una entidad para el fomento del desarrollo.



Autor

Alberto Hutschenreuter

Doctor en Relaciones Internacionales (USAL). Ex profesor en la Universidad de Buenos Aires. Profesor titular de Geopolítica en la Escuela Superior de Guerra Aérea. Director de *Equilibrium Global* y autor de los libros *La política exterior rusa después de la Guerra Fría. Humillación y reparación* y *La gran perturbación. Política entre Estados en el siglo XXI*.

Responsable

Nueva Sociedad | Fundación Friedrich Ebert
Defensa 1111, 1° A | C1065AAU
Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Florencia Grieco
Equipo editorial | Coordinadora de proyectos
fgrieco@nuso.org
Tel./Fax: +5411 4361-4108 / 4361-4871
www.nuso.org

Revista NUEVA SOCIEDAD

Revista latinoamericana de ciencias sociales abierta a las corrientes de pensamiento progresista, que aboga por el desarrollo de la democracia política, económica y social en América Latina y el Caribe. Se publica en forma bimestral desde 1972 y actualmente tiene sede en Buenos Aires, Argentina. NUEVA SOCIEDAD es un proyecto de la Fundación Friedrich Ebert.

El uso comercial de los materiales editados y publicados por la Fundación Friedrich Ebert (FES) está prohibido sin previa autorización escrita de la FES.

Las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan, necesariamente, los puntos de vista de la Fundación Friedrich Ebert.